

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

2,9 millones de preguntas típicas

La cifra me la pasó Barcelona Turisme hace unos días: 2,9 millones de turistas pasan cada año por las siete oficinas de turismo que hay en Barcelona, más las casetas que hay en la Rambla y la que se habilita en la terminal de cruceros cuando recalán buques. Las dos preguntas más frecuentes responden al estereotipo del turista con mapa desplegado que, en esta ciudad, es ya una postal típica. «¿Se venden entradas para ir a la Sagrada Família y cómo se llega a esta?» y «¿cómo llegar al Museu del Barça?».

Ayer me acerqué a la oficina de información turística que hay bajo la plaza de Catalunya. Un chico, amable, me explicó que el turista que llega ahí es el clásico que pide *ruta Gaudí*, *ruta barrio Gòtic*, *ruta Barça* y *ruta Montjuïc*. El hombre era amable; profesional, acostumbrado al diálogo. Le preguntaba yo si ayer los turistas se habían interesado por la Via Catalana y me respondía que no. El turista quiere saber qué museos están

abiertos hoy. «Muchos aprovechan para ir a Sitges o a Montserrat». Me quedaba pensando que la Diada será de lo poco que no se ha explotado turísticamente.

El hombre me contaba que la adaptación a la tecnología es uno de los cambios que ha vivido la información turística desde que él empezó a trabajar ahí, hace ocho años. Al mapa oficial (un euro) se añade ahora una app y un qr, también oficiales. El hombre decía que ahora hay menos japoneses. Lo sabremos en octubre, cuando se harán públicas las estadísticas de turismo.

Se quedaba pensativo y añadía la variedad de temas. Barcelona vive un *boom* de autonarración: hay rutas nocturnas en las que se explican los fantasmas que moran por el centro, hay paseos por la guerra civil española, está la ruta de la copla... Recogía folletos pensando que los barceloneses deberíamos apropiarnos de esas rutas. El Museu d'Idées i Invents de Barcelona (Miba), por cierto, se anuncia con un papelito ver-



►► Unos visitantes salen de la oficina de información turística de plaza de Catalunya, ayer.

Fuera de la oficina de turismo hay una escultura del mundo cercada por púas

sión recortes, pero absolutamente ingenioso. Está en inglés y solo se esquematizan dos cerebros. El del «*typical tourist*» con unas flechas que señalan «la Rambla, sangría, cena por 19 euros, sandalias y calcetines, fla-

menco y paella». Abajo, está el cerebro del «*atypical tourist*» y las flechas señalaban: «cava, comida a 15 euros, chipirones, abarcas, rumba catalana y el Miba».

Salía de la oficina de turismo y me recibía el mundo en forma de escultura. Ese mundo estaba cercado por púas espanta palomas. En la otra acera, unos ambulantes vendían gafas mientras unos turistas jóvenes esperaban la actuación de la policía para hacer fotos. Era el mundo asfáltico; el horror hecho espectáculo.

Me dirigía al mar. Había leído en un folleto que las Golondrinas empezaron en 1888, coincidiendo con al Exposición Universal. Pocos años después, Barcelona empezaría a promocionarse como ciudad de invierno. En el semáforo que me acercaba a otra oficina de turismo, la del mirador de Colón, veía a los turistas de sangría, de gorrito cutre, los que, aunque están de vacaciones, se saltan los semáforos dando codazos. ≡

cgaya@elperiodico.com